

“L”¹

María José Viera Gallo²
mjvgch@gmail.com



¹ Extracto de novela inédita de la autora.

² María José Viera-Gallo (Santiago de Chile, 1971), autora de las novelas *Verano Robado*, *Memory Motel*, el libro de cuentos *Cosas que nunca te dije* y la novela epistolar *Química y Nicotina*. Tras el golpe militar de 1973 vivió exiliada junto a su familia en Italia donde creció hasta los 14 años. Es Licenciada en Literatura Comparada de la Universidad Sorbonne Nouvelle de París y periodista de la Universidad Católica de Chile. Ha publicado diversas crónicas y artículos culturales para el diario El Mercurio y actualmente colabora para Revista Santiago de la Universidad Diego Portales, casa de estudios en la cual trabaja como profesora en la Escuela de Literatura Creativa. Asimismo, dicta periódicamente un Diplomado de Escritura en la Universidad Católica. Ha ganado premios a mejor cuento tales como el Premio Municipal de Santiago (2002), Revista Paula (2004), y fue semifinalista del Premio Herralde de novela por *Memory Motel* el 2011. También obtuvo el premio al Mejor Guión por la película *Joven y Alocada* en el Festival de Sundance.

*A la memoria de Pablo Arévalo Cofré**El exilio es el asesinato de la lengua materna*

Julia Kristeva

– ¿Dónde viven tus abuelos?

– En Chile.

– ¿Y con quien pasas la Navidad?

– Con *i miei genitori*.

– Algún tío tendrás. O primos.

– ¡Oh sí! Muchísimos.

Éramos tantos que olvidábamos nuestros nombres.

Nos reconocíamos como *el hijo o la hija* de Enrique, de Jaime, de Esteban, de Julio, de Andrés, de Gabriel, de Stefano, de Fernando, de Arturo, de Horacio, de Jaime, del Bautista.

Sabíamos que nuestros padres –y en algunas excepciones también nuestras madres– tenían dos nombres. A veces respondían por el original, otras por el inventado. A veces el nombre ficticio había suplantado el real. Cuando descubrías la suplantación, te sentías estafada. La doble identidad no era un juego, sino una estrategia de protección que a nosotros los hijos, nos provocaba toda clase de confusiones, malentendidos y bromas.

Yo no preguntaba nada. Mis preguntas, de haberlas, se disolvían en un soplido. No preguntar me liberaba de tener que comprender ciertas cosas. Tampoco había nada en particular que comprender, porque todo era un poco un misterio; y lo que se situaba más allá de ese misterio, era algo salido del mal y a ese mal, era mejor no acercarse. Alguien nos perseguía. Sabía que mis padres y sus amigos trabajaban día y noche para combatirlo. Sabía que cuando vencieran, íbamos a volver de dónde veníamos. Sabía que eso podía ocurrir en cualquier momento o tal vez, no. Y luego no sabía más.

¿Por qué no vivíamos en nuestro país?

Había dos respuestas posibles. La verdadera y la falsa. Si mentía, el asunto terminaba ahí. Pero nadie me había enseñado a mentir. Tampoco a decir la verdad y únicamente la verdad. Ninguna instrucción adulta al respecto. La respuesta que elegía darles a los demás era mi problema. Acostumbrada a sobre- explicar mi situación familiar, a mis 9 años encontré una manera abstracta, hasta homérica de contar por qué no vivíamos en nuestro país.

– ¿Y qué hizo tu papá?

– Nada.

– Algo habrá hecho.

– No.

– ¿Robó una joya?

– No.

– Mató a alguien?

– Tampoco.

– Lo echaron por pensar.

– ¿Cómo por pensar?

– Por pensar distinto.

Compartía esta confesión biográfica, consciente de que de todos modos había algo raro en mi padre y también en yo y mis hermanas, sus hijas; algo que resentía como si fuera una marca de nacimiento o un crimen familiar.

– Y cuándo van a volver?

– Cuando le den permiso para pensar distinto.

– ¿Y cuánto falta para eso?

En 1975 se distribuye en los ministerios, puestos fronterizos y misiones diplomáticas una lista de quienes tienen prohibido el ingreso al país. Durante los primeros tres años los exiliados no tenían derecho a portar un pasaporte, quedando en calidad de no ciudadanos. Para poder desplazarse a otros países, ACNUR -la agencia de la Onu para refugiados- les dio un documento llamado “Titre de voyage” (Título de viaje). La primera gran lucha de los exiliados en Roma fue obtener un pasaporte, lo cual ocurre finalmente en 1979, el que es entregado por el consulado marcado con una “L”. La letra significaba “listado nacional” de quienes no podían ingresar a Chile.

No recuerdo la primera vez que vi la L.

Su foto-pasaporte mostraba a un hombre joven, calvo, rulos negros asomados detrás de las orejas, ojos grandes y caídos, camisa con estampados, abierta, y una expresión de cansancio. La fecha de emisión escrita en cursiva decía *Roma, 12 abril*

de 1979, y lucía su verdadero nombre, una fecha de nacimiento y una profesión que nunca lo había visto ejercer.

En la página del frente, sobre el ángulo superior del número de identificación, una letra escrita a mano, con tinta azul, su sentido protegido por las comillas. “L”.

Cada vez que la pronunciaba, su significado se alejaba y su misterio se agrandaba. L de Lupa, de Libélula. *Lontananza*.

Lontananza: Parte más alejada de un lugar.

Teníamos nuestra particular manera de viajar a Chile. Lo hacíamos tomando el autobús 64 en Trastevere. En el número 52 de la calle Via di Torre Argentina ingresábamos por una puerta maciza y esculpida con la boca de la loba, donde había que levantar los pies para no tropezarse. La famosa lupa que había salvado a Rómulo y Remo a orillas del Tíber estaba en todas partes; en fuentes de agua, relieves de alcantarillados, esculturas, monedas, mosaicos, estampillas de correo, comics y escudos de fútbol. Un día escuché que la famosa loba en realidad era una puta, y que a todas las putas de Roma se les llamaba lupa.

Las escaleras eran de mármol y a *chiocciola*; un antiguo palazzo convertido en oficinas. En el tercer piso, detrás de una puerta, se encontraba un piso de interminables pasillos, techos altos, olor a tabaco, y murallas adornadas con afiches por un *Cile Libero*.

Al lado de esa primera oficina cuyo nombre era Chile-Democrático, se encontraba Chile-América la revista de papá y sus amigos Bernardo, Julio, Esteban y Fernando. Me costaba ver la diferencia entre los dos Chile. Pero en el América, que ocupaba un lugar más pequeño que el Democrático, se escribía más y se hablaba menos.

La revista tenía tres máquinas de escribir, la Olympus de papá, otra rusa de Fernando, un viejo periodista comunista, y la tercera, la más antigua de todas, pertenecía a editor, Julio. Había una pintura que representaba a un grupo de gente caminando decidida hacia quizás dónde y que me parecía familiar. En una pared de nuestra casa colgaba la misma reproducción. La pintura de Giuseppe Pelizza, databa de 1900 y a primera vista parecía una fotografía color sepia. Símbolo universal de la lucha de clase, el cuadro también conocido como *El camino de los trabajadores* o *El Cuarto Estado*, era una oda al Proletariado, una afirmación de esa fe que era el socialismo universal en la que ellos seguían creyendo.

Todos quienes deambulaban por los dos Chiles, me parecían distintas versiones del hombre con barba de ese cuadro, un hombre que no paraba de hablar, de fumar y de sacar carpetas con papeles. Intentaban organizarse para derrocar a su enemigo. Diseñar estrategias, preparar reuniones, coloquios, redactar informes. Ahí donde ellos veían una lucha yo veía sólo un montón de papeles. Hoy hay una placa que da fe que todo lo que vi, no lo imaginé.

Había una mujer de pelo rojo corto y chaleco a crochet que contestaba un teléfono negro o tal vez verde, sentada sobre un escritorio de metal, fumando y cambiando de idioma según el llamado. Una vez nos pidió callar porque estaba hablando con Radio

Tirana. Apenas colgaba, su voz se volvía chilena, es decir adoptaba un sonsonete festivo. Nos llamaba *chicocas* y otras palabras que no entendíamos y cuyo sonido me gustaba. Todas las palabras con la C y la H me divertían: Charo, chancaca, choro, chaíto, Chile. Chile, un poco menos. Por repetitiva.

Era en esas oficinas del Chile ficticio, que ellos llamaban Democrático, donde nos reuníamos a celebrar el 18 o la Navidad.

Allí nadie se disfrazaba de Viejo Pascuero. Había un mesón con panettone, galletas, bebestibles, *patatine*, ofrenda de nuestro mecenas italiano Ignazio Delogu. Un pino tal vez con olor a pino. Luces de colores. Alguien hacía empanadas en la cocina y el olor a carne y cebolla se mezclaba con el de las castañas quemadas que venían de las calles. El sonido del charango, porque siempre había un charango sonando en alguna parte, se colaba entre el de las gaitas de los pastores que bajan de los montes Abruzzi a adorar el Pesebre. No me gustaban las empanadas, no las entendía. Yo quería comer panettone. Y jugar con mis primos.

En nuestros juegos que eran comandados por los más grandes, siempre habría un perseguidor y un perseguido. Un vencedor y un vencido. Un bueno y un malo. El monstruo era humano; no había necesidad de ponerle una mandíbula depredadora o unas garras silvestres. Se movía en silencio por las escaleras de mármol, buscándote. Si te encontraba, te llevaba consigo. El reto de los demás niños era encontrar al desaparecido y regalarle una vida. Siempre le regalábamos una vida.

Existía otras hermandades tácitas entre nosotros. Entre nosotros conversábamos en italiano, jamás en español.

Éramos tantos que nunca sabíamos si los regalos iban a alcanzar para todos. Por lo general, éstos eran variaciones de una misma idea en torno a nuestro origen: una zampoña en miniatura, un muñequito de lana chilota, un animalito de greda, un cuadradito de telar.

En algún momento de la tarde, una cantautora folklórica de trenza larga y túnicas de colores nos llevaba a una habitación junto a los otros niños para ensayar algunas canciones. Con mi hermana pensábamos que la cantante era una gitana.

– *¿Ma tu sei una zingara?* -le pregunté una vez durante un ensayo.

– *No, cara, sono una indiana, una aymara, una mapuche come te, come tutti* -me respondió con una gran sonrisa.

Las canciones, todas en español, habían sido compuestas por ella y grabadas en un disco llamado Tolin Tolin Tolan. La cantautora era famosa, no tanto como Violeta Parra, pero famosa; había grabado varios discos junto a su marido Hugo, y había ganado un festival de la canción tan importante como el de San Remo. Sus hijos, Violeta y Pablito tocaban la flauta con ellos mientras nosotros los acompañábamos en el coro.

El soldado Trifaldón vive dentro de un melón

Las pepitas amarillas forman firme el batallón

Poróm póm póm, el soldado Trifaldón

Nunca entendí quién era el famoso soldado. Nunca pude pronunciar bien su nombre. Nunca entendí por qué le cantábamos a un soldado. ¿Los soldados no eran los enemigos?

Mientras cantábamos nuestros padres nos miraban orgullosos y también tristes al vernos todos juntos, cantando, convertidos por un momento en niños chilenos, niños que cantaban en su idioma.

Terminada nuestra performance, venía el turno de los Inti Illimani. En lugar de villancicos, cantaban a viva voz un *Venceremos mil cadenas habrá que romper*, *Un pueblo unido jamás será vencido*, un *Agrupémonos todos en la lucha final*.

Rodeada de puños en alto, volvía a distraerme. Desde alguna ventana que daba a la calle, volvía a escuchar el sonido de las gaitas de los pastores que ya habían llegado a Roma a celebrar el nacimiento del niño Jesús.

El día después de Navidad, íbamos al correo. Había que escribirles una palabrita a los abuelos. Desearles Felices Fiestas.

Aún conservo algunas de esas cartas. Esta, por ejemplo:

Está escrita con un plumón negro en una hoja A4. El sentido de la escritura es horizontal y tiene un dibujo. El texto es breve, gira en torno a la probable visita a Roma de mis abuelos paternos. La carta empieza con una afirmación: *Io estoy mui felice perché vas a venir a Roma*.

Me asombra mi esfuerzo por adueñarme de una lengua materna que sólo conozco por oído, que escucho a diario, pero a puertas cerradas y sólo hablo con mis padres, y que nadie me ha enseñado formalmente ni me va a enseñar hasta que tenga 13 años.

La carta es el gesto de rebeldía de una niña a quien la historia le ha robado su lengua materna.

A diferencia de las cartas que vendrán después, en esta no hay tachaduras de palabras ni autocorrecciones equívocas que a su vez creen otras faltas. Hay palabras del español que conozco (aunque nunca las haya escrito) y otras que me ahorro de traducir del italiano, porque desconozco su equivalente. Hay otras que creo conocer, y traduzco mal, es decir fonéticamente. Me permito, fiel a mi dualidad, transitar de un léxico a otro, o derechamente mezclar ambos idiomas, sin verme obligada a elegir entre uno u otro. En esta interlengua, que es la primera manifestación escrita de un idioma inventado o bastardo (y que con el tiempo dará forma a lo que los exiliados chilenos, al oírnos, van a bautizar como como *itagnolo*), me siento libre.

Con mi hermana hemos recolectado “muchas piedras” en Villa Pamphili para entregárselas cuando nos veamos. Eso es lo que les cuento en la carta. Hace unos días,

sin embargo, perdimos todas las piedras, excepto una. No estoy segura si tendré esa piedra cuando ellos lleguen.

